

Parábola del indio desorientado

(o del defensor del Software Libre actual)

Vicente Matellán Olivera

9 de febrero de 2005

Estoy pesimista. Probablemente tenga que ver con la época del año en que estamos, con la cantidad de días que ha llovido este invierno, o con el montón de sueño acumulado que tengo ahora mismo. En el fondo da un poco igual, el asunto es que claramente estoy en baja forma. Eso me ha llevado a escribir este pequeño relato, que habrá que empezar como corresponde:

Erase una vez, en un territorio muy remoto, un anciano habitante de una reserva india que le transmitía a su joven nieto, venido de una lejana ciudad, el saber ancestral de su tribu. Comenzó el anciano por contarle la historia de la tribu, sus tradiciones... El joven atendía y trataba de recordar todas las historias para poder transmitir las a las siguientes generaciones.

El anciano pasó luego a enumerar los lugares de caza de la tribu, los mejores parajes según la estación del año y las lluvias, los valles con mejores abrigos para el ganado, las mejores zonas para cultivar el maíz, etc.

Al joven se le ocurrió preguntar entonces al anciano qquién de la tribu era el que poseía más tierras.

El anciano miró al joven con cara de incredulidad: ¿Cómo era eso de que las tierras fueran propiedad de alguien? En todo caso sería la tribu propiedad de la tierra. ¿Cómo se le podía haber ocurrido a su nieto semejante idea?

El joven le explicó que claro que era posible, es más, que en el mundo del que él venía (una gran ciudad habitada fundamentalmente por hombres blancos de cultura anglosajona) toda la tierra estaba troceada en porciones irregulares en forma y tamaño, cada una de las cuales pertenecía a alguien. Le habló de la gran cantidad de leyes al respecto, de registradores y registros de la propiedad, de abogados y juicios, de dineros envueltos en la compra y venta, de gente sin tierras trabajando las tierras de otros, de gentes sin alimentos y tierras sin cultivar, de guerras y revoluciones, de disputas familiares por las herencias,...

Además, le preguntó el joven indio a su abuelo, ¿cómo iba alguien a cultivar un trozo de tierra sin que fuese suyo? ¿cómo se iba a ganar su sustento un indio agricultor sin estar seguro de que la cosecha que se producía en aquella tierra era suya?

El anciano estaba perplejo. La tierra ya estaba allí antes de que llegase la tribu, no podía ser de nadie. Los animales que se cazaban no eran de nadie, como mucho de los dioses, aunque era más correcto pensar en la naturaleza, en la tierra, como parte muy importante de esos dioses. La tribu lo único que hace es cultivar la tierra y la tribu recogía la cosecha, que se repartía según las necesidades según se había hecho siempre...

Como ambos vieron que tenían una visión muy distinta de ese asunto decidieron pasar a otros aspectos de la cultura de la tribu. Llegó así el momento de explicar las recetas del chamán, los viejos remedios a las enfermedades del lugar, los ingredientes de las pócimas. El joven se sobresaltó, el

anciano le preguntó el porqué. Su joven nieto le preguntó que si esa información no era confidencial, si no estaba violando alguna ley.

El anciano le explicó que no, que el saber era de la tribu, el chamán simplemente era un miembro de la tribu con especiales habilidades para utilizar los conocimientos, pero desde luego no eran suyos. ¿Cómo se le podía ocurrir a su nieto que unas recetas que servían para salvar vidas iban a ser secretas? ¿Cómo podía ser que no se usara el conocimiento para el progreso de toda la tribu?

Otra vez el joven le dijo que eso era lo usual, le puso como ejemplo que existía una enfermedad muy extendida en el mundo del que él venía, SIDA la llaman, con medicamentos paliativos conocidos pero que sólo pueden ser fabricados por determinados grupos de personas (empresas) que son “dueñas” de esas curas y que no permiten que otros las usen ni fabriquen. Además, le contó que existían unas figuras similares a las de la gestión de las tierras: los abogados, los registros de patentes, etc. Por supuesto, no solo se aplicaba a los remedios médicos, cualquier conocimiento era susceptible de ser “registrado” como propio de una persona o entidad, y cualquiera que quiera usar ese conocimiento debería “pagarle” un canon a su propietario.

De nuevo el anciano, en su sabiduría, decidió que ese tema tampoco era apropiado y decidió pasar a otro en más neutro: las canciones de la tribu, los cantos para invocar la lluvia, para implorar a los dioses por buenas cosechas, etc. El anciano comenzó a hablar del significado de los ritmos, de los diferentes tipos de letras,... El joven preguntó entonces al anciano si los derechos de autor de esas canciones ya habían prescrito.

El anciano pensó que realmente su nieto debía haber fumado alguna de las hierbas alucinógenas de las que le había hablado hacía unos días. ¿Cómo podía ser posible eso de los “derechos de autor”? Las canciones de la tribu iban cambiando con el tiempo, cada uno las tenía en su cabeza y al cantarlas una y otra vez iban cambiando según los gustos de cada generación, de cada época. Por otra parte, algo que está en la cabeza de alguien, que no es material no puede tener dueño.

Otra vez el joven le habló de su mundo, de las sociedades de gestión de los derechos de autor, de los cánones que había que pagar por cantar una canción, o por ver una película algo así como las representaciones que se hacían en la tribu alrededor de la hoguera en las noches de verano... Le contó además que eso se hacía supuestamente por el bien de la sociedad, que la idea era que así se harían mejores canciones.

El anciano realmente perplejo. Esa sociedad en la que vivía su joven nieto era una sociedad realmente enferma. Consentía que la gente sufriese cuando existían remedios, dividía la tierra y se creía que la gente podía poseer esos trozos, hasta las nanas que cantan las cuidadoras a los niños de un país (según decía su nieto que contaban en un sitio llamado BarraPunto) eran propiedad de alguien a quien además había que pagar por cantarlas...

Con tono irónico el anciano preguntó a su nieto que si el aire que respiraba la gente de ese mundo también tenía dueño, si existían “dueños del aire”. El joven en principio iba responder airado que el aire no podía ser privatizado, pero luego le tuvo que explicar que en parte sí: las naciones se habían “repartido” el derecho a ensuciar el aire, en algunas ciudades se “repartía” el derecho a construir en altura, las rutas por las que vuelan los aviones también están repartidas, y así para todas las cosas.

El anciano decidió que no tenía nada que enseñar a su nieto, que sus enseñanzas servían para el mundo real, no para ese mundo de ilusiones en el que vivía su nieto.

El joven por su parte miró al anciano y decidió que no merecía mucho la pena seguir hablando con su abuelo. Su abuelo, y el resto de la tribu vivían en una utopía, consentidos por el resto de la sociedad como elementos pintorescos, eran como aquellos *hippies* melenudos que salían en las televisiones de los blancos, gente que vivía fuera de la realidad, como esa gente rara que hablaba

del software libre...

Bueno, pues yo me siento como ese anciano indio. Perplejo. Durante mucho tiempo he creído y lo malo es que me temo que lo sigo creyendo, que las ideas no pueden tener dueño, que es algo inmaterial que pasa de un humano a otro sin sufrir desgaste, que se puede duplicar a muy bajo coste, que esa concepción materialista de la producción científica y artística es la raíz de muchas desigualdades de nuestro mundo, en fin de lo de siempre.

Sin embargo, sí he llegado a creermelo que la tierra puede tener dueño, es más, he llegado a comprar un trozo en forma de parte proporcional del suelo en el que se asienta la torre de pisos en la que vivo. ¿No será que ocurre lo mismo con las ideas? ¿No será que sólo quedamos algunos defensores del software libre (indios) en algunas “reservas” como las universidades, las comunidades de desarrolladores, o las pequeñas empresas fundadas por esos “indios”?

Además, durante mucho tiempo había pensado que a mi alrededor había mucha gente que no se planteaba ciertos problemas, de hecho mi única motivación para escribir los artículos que se han ido publicando en este foro es precisamente llamar a ciertas conciencias. Pero como decía al principio de este artículo, hoy estoy deprimido, me asalta la duda de si soy como ese anciano indio. ¿No estaré realmente fuera del mundo? ¿No estaré defendiendo una utopía de otros tiempos? ¿No sería más productivo que me dejase de tonterías y pasara a usar software propietario? ¿No estaré engañando a la gente en vez de abrirles la mente?

Para acabar de rematar mi estado anímico, llevo un rato tratando de resolver un problema en mi GNU/Linux que los cicateros fabricantes de hardware podrían darme resuelto fácilmente como hacen para otros sistemas operativos. Eso quiere decir que llevo *gastado* un montón de tiempo en una tarea no productiva. Mientras, mis compañeros, o competidores, tienen ese estúpido problema resuelto y pueden dedicarse a cosas “más rentables”. ¿Merece la pena seguir usando un sistema operativo libre aunque sea menos productivo por simples convicciones? ¿Soy realmente menos productivo o este artículo es fruto de mi cabreo?

Por supuesto no estoy tan pesimista como para olvidar los logros de los últimos tiempos. Por ejemplo, el año pasado el Senado español ha discutido (y rechazado por cierto) la utilización preferente en el sector público del software libre, la Comunidad Autónoma de Extremadura ha generado su propia distribución de GNU/Linux: Linex y otros gobiernos regionales se plantean copiar esa idea tan exitosa; la Unión Europea, dentro del VI programa marco, tiene algunas líneas de estudio del software libre; algunas grandes empresas empiezan a “vender” soluciones basadas en software libre, etc.

Por último, y como supongo que es obvio nada más haber leído este breve relato, sé muy poco de cultura india, como de casi todo, simplemente ha sido una excusa para contar la duda que me asalta: ¿soy un fósil obsoleto que vive fuera del mundo? ¿Usted que opina?

©2003 Vicente Matellán Olivera. vmo@barrapunto.com

Se otorga permiso para copiar y distribuir este documento completo en cualquier medio si se hace de forma literal y se mantiene esta nota.